

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

MONTANARI, FRANCO.—*Introduzione a Omero con un'appendice su Esiodo*. Florencia, Sansoni, 1990, 189 pp.

Se trata de una introducción de alto nivel, muy erudita y al tiempo fácilmente legible. Trata de situar a Homero dentro de la tradición épica griega precedente, continuadora de la indoeuropea, así como de la tradición griega posterior: el *Ciclo*, el «Homero Menor», el fin de la épica griega arcaica, Hesíodo. Todo ello, envolviendo los temas propiamente homéricos.

El libro contiene doce densos capítulos, en los que alternan la consideración histórica y descripciones y estudios sobre puntos concretos: «Antiguas biografías de Homero», «El mundo homérico entre mito e historia», «Los héroes, los dioses y el mundo divino», «La lengua y el metro», «El estilo y la dicción, fórmulas y escenas típicas», «Poética homérica», «La cuestión homérica de la Antigüedad a nuestros días».

El autor está particularmente atento a las opiniones y datos transmitidos por las fuentes antiguas, así en los capítulos relativos a las biografías de Homero y al *Ciclo* épico. En este último habría que introducir, pienso, una mayor separación entre lo que podemos colegir sobre la épica prehomérica y lo relativo a la posthomérica. Para la segunda el libro es muy completo, de la primera podrían haberse dicho más cosas, apoyándose en los estudios de épica comparativa indoeuropea.

Esta laguna se nota también en el capítulo sobre «El mundo homérico entre mito e historia»; en cambio es muy completo lo que se dice sobre la relación de Homero con el mundo micénico.

Otros capítulos, arriba mencionados, dan buenas visiones panorámicas sobre el argumento de los poemas, el mundo divino y humano en los mismos, el estilo y la dicción formularia; lógicamente, de la lengua se habla menos. Encuentro no muy completo el capítulo sobre la poética homérica: sobre la organización de los poemas, en los que confluye la antigua tradición narrativa de la épica indoeuropea con un nuevo sentido trágico y «moderno», se ha escrito mucho.

Claro que yo hablo desde un punto de vista unitario, que es el que siempre he defendido. Según él, Homero impone su impronta personal en una larga tradición que hereda. Montanari nos da, en otro capítulo, una buena visión panorámica de la «cuestión homérica», de la Antigüedad hasta hoy; pero no queda demasiado claro cuál es su posición personal sobre algunos puntos decisivos. Posiblemente, ha pensado que esto caía fuera de los límites de un libro informativo.

El libro se cierra con un apéndice sobre Hesíodo. Estudia el problema de la poesía didascálica, las dos obras de Hesíodo y el *corpus* de Hesíodo. Hay aquí buena información. Yo echo de menos, tan sólo, un tratamiento del tema de las fuentes orientales y de la composición hesiódica.

La obra se cierra con una amplia bibliografía comentada que resulta especialmente valiosa.

En suma, Montanari nos ha dado una buena introducción a Homero, especialmente útil en Italia, donde faltaba; pero útil, además, para todos. Su reducida extensión, imposición editorial sin duda, ha hecho que falten algunos temas y puntos de vista a los que he hecho alusión. Pero los que han sido tratados han quedado bien perfilados y al día.

FRANCISCO R. ADRADOS

DEMONT, PAUL.—*La cité grecque archaïque et classique et l'idéal de la tranquillité*. Paris, Les Belles Lettres, 1990, 435 pp.

El ideal de la tranquilidad, título tomado, seguramente, del *De tranquillitate animi* de Séneca, responde en griego al ideal de la εὐφροσύνη, la εὐθυμία, la ἀπραγμοσύνη (aunque su sentido varía a veces), la ἡσυχία, la σχολή, en latín al del *otium*. Es una amplia serie de ideas, con su reflejo de un lado en la teoría, de otro en la práctica, que son estudiadas en este libro desde Homero hasta finales del siglo IV y, en apéndice, en las filosofías helenísticas.

No es un estudio semántico, aunque haya aportaciones en este terreno: llamo la atención sobre, entre otros lugares, la definición de los adjetivos relacionados en p. 94 ss. Es un estudio de textos literarios colocados en su ambiente histórico.

El libro comienza por una amplia introducción referente al vocabulario, incluidos los términos que contrastan como ἀργία y πολυπραγμοσύνη, a las ideas generales. Sigue luego un capítulo muy interesante relativo a Homero: la añoranza de Aquiles por la felicidad de Ftía, la vida en las islas de Ogigia y de los feacios. Enfrente está el ideal del héroe que, pese a todo, sigue adelante. Al lado, como paralelo, está la vida en la Edad de Oro y en el Elisio.

En la poesía gnómica y elegíaca la tranquilidad está unida a la sabiduría en la vida y toma tintes políticos; es la vía media entre la ἡσυχία del pueblo y la de los nobles. Hay una ética política que une la condena de la pereza y el abuso y la conducta moderada al servicio de la comunidad.

Esta vertiente política de la tranquilidad es estudiada especialmente bien en Píndaro (p. 53 ss.). A la descripción de la tranquilidad o alegría del banquete, en que se descansa de las preocupaciones cotidianas, se añade una vertiente política. También hay aspectos escatológicos en la *Olimpica* II, pero destacan los aspectos cívicos. La tranquilidad o paz de la ciudad tiene que ver, lógicamente, con el dominio del orden aristocrático, con condena también de los tiranos (*Pyth.* XI). Es notable el análisis de la *Pyth.* VIII, dedicada a Egina.

Todo esto se encontrará en la Parte I. La II se refiere a la democracia ateniense en el siglo V: está dedicada al análisis de la temática general de la tranquilidad en la democracia, seguido del estudio del teatro y la retórica y, en apéndice, de Hipócrates y Demócrito.

El panorama se hace, ahora, más complicado. Hay el tema de los que «nunca han pleiteado» y aducen esto en su favor, mientras que los acusadores les acusan de indiferentes al bien del estado. Hay el de Atenas, ciudad intranquila y activa, siempre deseosa de cosas nuevas, y el conservadurismo de Esparta, raras veces desmentido. En los trágicos hay posiciones muy variadas: desde la defensa de la moderación y del acuerdo pacífico en Esquilo al «activismo heroico» de Sófocles y a posiciones muy variadas en Eurípides, donde, por ejemplo, Medea toma una posición muy especial y hay una fluctuación importante de los *Heraclidas* a las *Bacantes*. En Aristófanes, el ideal de la paz confunde los temas del acuerdo que ponga fin al conflicto con la idealización de la vida campestre y el tema de la fiesta.

Y en Tucídides hay toda una polémica respecto a ideales encontrados. La tranquilidad, para Atenas, es imposible y la guerra ineluctable. También hay algunas referencias interesantes en Heródoto.

Luego, en el siglo IV (Parte III), Jenofonte y Platón abren vías nuevas, inauguradas antes por Demócrito, que busca el alejamiento de la vida práctica, pero no se desinteresa por los temas sociales y políticos. Luego Jenofonte, hablando de Sócrates, distingue claramente entre la σχολή y la inactividad: aquélla va acompañada de

nóvoς y es «para», busca mejorar la vida de los demás. Esta concepción culmina en Platón, al establecer el ideal de la vida filosófica. Ideal luego convertido en uno mucho más unilateral, puro abandono de los deberes cívicos, en otras filosofías.

Así, de un ideal de puro disfrute ocioso, premio del éxito o la riqueza, se ha pasado a una interpretación política y al nuevo ideal de la vida contemplativa.

El libro se lee bien y aporta cosas interesantes. Echamos de menos, solamente, el tratamiento de algunos autores, como presocráticos y sofistas, y el manejo de cierta bibliografía, como la relativa al tema del ideal filosófico de la vida (Boll, Jäger). Está en la línea de estudios diversos de J. de Romilly, que lo dirigió como tesis doctoral. La interpretación de una serie de obras literarias griegas, colocadas dentro de esta problemática, gana evidentemente.

FRANCISCO R. ADRADOS

CARRIER, P.—*Démosthène*. París, Librairie Arthème Fayard, 1990, 382 pp.

Es éste un libro dedicado, si acaso, al gran público más bien que a los estudiosos y especialistas en el orador de Peania. Pero, tal vez, ni siquiera habrá de resultar útil al lector culto en general. Porque ¿qué se puede esperar de un libro sobre Demóstenes en el que ya desde las primeras páginas del prólogo se entremezclan en pie de igualdad los datos fidedignos con las particulares opiniones que sobre el gran orador manifestaron ilustres escritores y prohombres de la Tercera República de Francia? Como si no existiese una ciencia rigurosa llamada Filología griega que no es exclusivamente francesa y que se basa en los textos redactados en griego antiguo y emplea datos que le proporcionan otras disciplinas como, por ejemplo, la Historia de Grecia y la Epigrafía y la Lingüística y la Dialectología griegas. ¿Qué se puede esperar de un libro tan desprovisto de rigor científico, en general, e histórico, en particular, que no precisa, al mencionar siglos y años, si son anteriores o posteriores a Cristo? En efecto, leyendo esta maravilla de investigación histórica, resulta que Demóstenes es el político mejor conocido del período de la historia de Atenas mejor conocido, o sea, el siglo IV (p. 10: «Le IV^e siècle est la période la mieux connue de l'histoire d'Athènes, et Démosthène est le mieux connu de tous les hommes politiques athéniens»), y Libanio de Antioquía, también del siglo IV, compuso reseñas introductorias de cada uno de los discursos de nuestro orador (p. 324: «Au IV^e siècle, le grand rhéteur Libanios rédigea une notice introductive de chaque discours»). Pero, además, el autor es recalcitrante en la cuestión de eliminar la frontera cronológica de Jesucristo (ateísmo cronológico), hasta el punto de que tras la lectura atenta de las pp. 323-4 uno llega a la conclusión de que entre Demóstenes y Focio apenas mediaron quinientos años.

Y ¿qué decir de la modernísima concepción de la Historia del autor, según la cual uno debe alinearse —como en las películas de los gringos— con los buenos o con los malos, con Demóstenes o con Esquines (p. 11: «On ne peut pas éluder des questions comme celle-ci: aurais-je voté en 351 la double expédition conseillée dans la première *Philippique*? Aurais-je acquitté ou condamné Eschine, l'adversaire de Démosthène, lors du procès de l'ambassade, en 343?»)? La resolución de estos interrogantes parece ser que constituye la clave de nuestro conocimiento del orador de Peania.

Pero hay algo peor aún en este libro: la absoluta ausencia de ese rigor y coherencia y profundidad en el tratamiento de los temas que sólo confiere la Filología grie-

ga, ciencia que a partir del conocimiento de la lengua y de la historia de un texto literario redactado en griego antiguo nos conduce fiablemente a la interpretación de su contenido. Tomemos, a título de ejemplo, la interpretación que nos ofrece el autor de un discurso público fundamental de nuestro orador, el elegante, puntual y preciso *Contra Leptines*, el primer discurso político que pronunció el Peanieo en persona, pues el *Contra Androción* fue compuesto el mismo año (355/4 a.C.) por el joven Demóstenes para un tal Diodoro.

Según el autor del libro que reseñamos, Demóstenes en este discurso se vuelca en la demostración de la gran importancia que adquieren en una democracia tanto el afán de los ciudadanos por conseguir honores como la salvaguardia de los privilegios concedidos a título honorífico por el pueblo a los particulares como recompensa por su patriotismo (p. 77: «Démosthène s'attache à montrer que sauvegarder les privilèges est particulièrement important dans une démocratie»). En efecto, la lectura atenta de los párrafos 5 a 18 del original nos muestra la insistencia de Demóstenes en este argumento expuesto con marcada reiteración a base de la repetición de la partícula *τοίνυν* al comienzo de cada párrafo. Pero no es éste el único argumento de que se vale el Peanieo en este espléndido discurso, como parece desprenderse del tratamiento que de él se hace en la obra que reseñamos. Nuestro orador insiste, especialmente a partir del párrafo 88, en otro argumento de singular importancia: el hecho de que Leptines, el acusado, hizo caso omiso del largo procedimiento fijado por Solón para proponer una ley nueva. Y este argumento no sólo es indispensable para entender el discurso en cuestión, sino que, además, precisamente de esta argumentación deriva en gran medida lo que nosotros sabemos sobre la *νομοθεσία* o proposición de leyes en el siglo iv a.C. En efecto, este discurso y el también demosténico *Contra Timócrates* (concretamente, párrafos 20-23), así como el *Contra Ctesifonte* (concretamente, párrafos 38-40) de Esquines, son, juntamente con cinco inscripciones de la segunda mitad del siglo iv a.C. en las que se menciona la función de los *νομοθέται* (p. ej., *IG II₂* 140, 8 [353/2 a.C.] [*δεδοχθαι τοις νομοθεταις*]), nuestras fuentes más importantes para el capítulo de la revisión y redacción de leyes en la Atenas del siglo iv a.C., en la que Demóstenes desarrolló su acción política.

Pues bien, todo esto falta, inexcusablemente, de la exposición que hace el autor del libro reseñado de uno de los discursos más significativos de Demóstenes orador político.

En resumen: poco nuevo se aprende en este libro y la lectura de alguna de sus páginas puede desorientar e inducir a error a los menos familiarizados con la oratoria ática.

ANTONIO LÓPEZ EIRE

MINARINI, ALESSANDRA.—«*Lucidus ordo*». *L'architettura della lirica oraziana (libri I-III)*. Edizioni e Saggi Universitari di Filologia Classica, 42. Bologna, Pàtron, 1989, 263 pp.

El libro de A. Minarini no es un estudio original sobre la disposición de los poemas horacianos en los tres primeros libros de sus odas, publicados en el año 23 a. C. como un conjunto poético. Se trata de un estudio de bibliografía crítica sobre la organización de las odas dentro de ese conjunto de tres libros. Ahí reside el mérito de la A., pues no es poco poner a disposición de los críticos literarios todos los estudios importantes, libros y artículos, sobre la estructura externa de la oda horaciana desde

1866 hasta 1987. Además, en *excursus* de la A. y notas a pie de página, se va orientando al lector con atinadas observaciones e interesantes puntualizaciones. Y, como colofón, unas conclusiones (pp. 199-221), claras y valiosas, sobre todos los estudios tratados y una completísima bibliografía (pp. 225-234; puede que no haya podido leer a Ch. Witke, «Recent Structural Studies on Horace», *The Augustan Age* 9, 1989, pp. 49-58).

Lo que ya no veo tan claro es el fondo de la cuestión, es decir, si el *lucidus ordo* horaciano se refería a la disposición de una oda por referencia a otra o si lo que buscaba de verdad Horacio era una *dispositio* brillante dentro de la oda. Al final, a nada conduce buscar los tres pies arquitectónicos al gato de la oda horaciana, que puede tener muchos. Pienso, con R. Mayer (*CR* 52, 1992, p. 45), que buscar la exacta correspondencia de unas odas con otras hasta detalles inverosímiles no pasa de ser una ingenuidad estéril.

¿Significa esto que Horacio no pudo organizar de algún modo su obra? Claro que no. Horacio pudo haber seguido el ejemplo de Calímaco, quien, al parecer, fue el primero que preparó la edición de una obra propia, los *Yambos*, de temas y metros diferentes, pero organizados artísticamente hasta formar un complejo unitario. Ya en Roma el ejemplo más claro habría sido el *Catulli Veronensis Liber*, distribuido, según todos los indicios, en tres *libelli*: *nugae*, *carmina docta* y *epigrammata*.

Ahora bien, ¿cuáles eran los principios estéticos en los que se basaban los poetas para ordenar un libro de poemas? W. Kroll (*Studien zum Verständnis der römischen Literatur*, Nueva York-Londres 1978 [Stuttgart 1924], p. 226) los resumió en una palabra: *uarietas*. Variedad que puede ser métrica y temática. Horacio, dentro de ese principio helenístico de la *ποικιλία*, no siguió un solo método de ordenación de las odas, sino que tuvo en cuenta diversos factores, como la métrica, los temas, el destinatario, la estructura interna, el contraste y otras posibles variables que pueden surgir en una colección lírica, como la composición genérica o la técnica anular. Desde luego, parece que el ordenamiento de sus odas no responde al mecanismo externo de un editor que ordena los poemas mecánicamente atendiendo simplemente al metro.

Los estudios sobre la colocación de las odas en relación con las demás y con el conjunto de los libros han sido muy numerosos en el presente siglo, especialmente a partir del artículo de Port (W. Port, «Die Anordnung in Gedichtbüchern augusteischer Zeit», *Philologus* 81, 1926, pp. 279-308; cf. W. Ludwig, «Zu Horaz, C. II 1-12», *Hermes* 85, 1957, pp. 336-345) sobre la estructura del libro de poesía en la época de Augusto. De todos ellos han emergido diferentes posturas sobre la viabilidad o no de encontrar un modelo estructural que explique la situación de todas y cada una de las odas. De un lado, están quienes hacen todo tipo de combinaciones para llegar a una «estructura perfecta» en las relaciones de todas las odas de Horacio, como H. Dettmer (*Horace: a Study in Structure*, Hildesheim 1983) o para alcanzar una «estructura perfecta» dentro de una oda, como A. Ghiselli («Lettura dell'ode di Orazio», *Lingua e stile* 7, 1972, pp. 103-146, y *Orazio. Ode 1,1*, Bolonia 1983; léase la dura respuesta de A. La Penna, «A proposito della struttura della prima ode di Orazio e di strutture letterarie in generale», *Maia* 25, 1973, pp. 326-330). De otro lado, algunos filólogos, como R. Nisbet y M. Hubbard (*A Commentary on Horace: Odes, Book I*, Oxford 1970, p. XXIV) o G. Williams (*Horace*, Oxford 1973, p. 35) han reaccionado con virulencia ante este intento de reducir a esquemas y números la arquitectura de las odas y advierten contra la ingenuidad y la fantasía de quienes se dedican a buscar complicaciones y sutilezas en las relaciones de unas odas con

otras y de ellas dentro de sí mismas. Y, en tercer lugar, hay quienes han optado por un camino intermedio aceptando lo que es más o menos evidente y rechazando la imaginación de quienes ven más de lo que los textos mismos nos dicen. Es el caso de F. Cupaiuolo en su monografía sobre la estructura de la oda horaciana (*Lettura di Orazio lirico. Struttura dell'ode oraziana*, Nápoles 1982₂), donde mantiene que Horacio no sigue un solo esquema o una única estructura, sino que combina los diversos factores, ya mencionados más arriba.

Con todo, ahí queda el servicio filológico, desagradable pero muy útil, de la A., que cierra el trabajo con la sana costumbre de ayudar al lector con sendos índices de materias y de pasajes citados.

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER

ALFONSO, S., et al.—*Il poeta elegiaco e il viaggio d'amore. Dall'innamoramento alla crisi*. Scrinia, Collana di studi classici. Bari, Edipuglia, 1990, VI + 210 pp.

Este libro reúne un conjunto de cinco ensayos dedicados a la descripción de las diferentes fases del amor en los elegíacos latinos, desde el flechazo inicial hasta la ruptura final (como ya indica el subtítulo: «Dall'innamoramento alla crisi»).

Como nota previa, hay que advertir que el título del libro (*Il poeta elegiaco e il viaggio d'amore*) puede inducir a error, ya que ninguno de los capítulos de la obra aborda el tópico literario del «viaje de amor» o del «contigo al fin del mundo»: cf. Verg., *Ecl.* X 22-23, 46-48, 65-68; Prop., II 26, 29-58; Ou., *Am.* II 16, 19-30; Sen. *Phaedr.* 613-16; Stat., *Silu.* III 5, 18-22; V 1, 127-30; Juan de la Cruz, *Cántico espiritual* 11-15, y Garcilaso de la Vega, *Canción primera* 1-13 (cf. mi discusión en *Estacio, Silvas III. Introducción, edición crítica, traducción y comentario*, Madrid-Sevilla, Fundación Pastor de Estudios Clásicos-Univ. de Sevilla, 1992, pp. 226 y 357-58).

Abre el libro el ensayo «Rapito in estasi», de Stefania Alfonso (pp. 1-37), que estudia el tema del enamoramiento propiamente dicho o «flechazo». Tras una introducción (pp. 1-6), en la que se centra sobre todo en Propercio, I 1, pasa revista a la terminología metafórica, de carácter militar o cinegético, con que los elegíacos describen su estado (pp. 6-10), aunque la a. parece desconocer dos importantes artículos de P. Murgatroyd sobre esas metáforas amoratorias: «*Militia amoris* and the Roman elegists», *Latomus* 34, 1965, pp. 59-79, y «Amatory hunting, fishing and fowling», *Latomus* 43, 1984, pp. 362-68 (cf. también A. Ramírez de Verger, F. Socas, *Publio Ovidio Nasón. Obra amoratoria I: Amores*, Madrid, C.S.I.C., 1991, vía el «Índice de motivos y términos amoratorios de los *Amores*», *ss.uu. militia amoris* y «metáforas amorosas de la caza» [p. 133]). Es especialmente interesante el recorrido histórico sobre el tópico del enamoramiento súbito, desde Homero hasta la novela griega, pasando por Apolonio, Teócrito y la *Antología Palatina* (pp. 10-16). Otro tema que la a. analiza es la relevancia de la apariencia física de la amada para suscitar el enamoramiento en el amante elegiaco (pp. 16-26), aunque, sobre el motivo de la amada como *candida diua* (p. 21 ss.), no cita a G. Lieberg, *Puella divina*, Amsterdam, Schippers, 1962. Se abordan después las consecuencias del enamoramiento en el amante, especialmente la sumisión y la locura (pp. 26-31). Un último punto tocado, éste más novedoso, es el del enamoramiento de las mujeres, en oposición al del amante varón (pp. 31-37). Como puede imaginarse, este tema cobra mayor relevancia en las *Heroidas* de Ovidio. En definitiva, se trata de un estudio interesante y bastante documentado en los textos latinos, aunque pobre en bibliografía moderna.

Sigue el ensayo de Innocenzo Mazzini, «Il folle d'amore» (pp. 39-83). Este trabajo, denso pero claramente estructurado, aborda un aspecto más concreto y técnico: la concepción antigua del amor como una enfermedad (*furor amoris*). Es necesario aclarar que este tópico no sería una mera metáfora amatoria (como la militar y cinematográfica citadas antes) sino, por el contrario, respondería a la convicción de que el amor es una enfermedad real, con su etiología, síntomas y terapia correspondientes. El estudio está muy documentado en fuentes antiguas (literarias y médicas), y en crítica moderna. Entre los poetas latinos aducidos se cuentan Catulo, Propercio, Horacio (*Odas*), Virgilio (*Eneida*) y Ovidio (*Metamorfosis*, *Epistulae* y *Remedia amoris*), aunque echo en falta a Lucrecio (cf. IV 1058-120). Resulta especialmente esclarecedor el apartado dedicado a las coincidencias entre las descripciones poéticas y las médicas (pp. 69-73).

El estudio «Il tramite d'amore», de Giovanni Cipriani (pp. 85-120) estudia en cuatro poemas el tema común de la conquista de la mujer amada, aplicando esquemas de la narratología estructural. Los poemas analizados son Catulo, LXVIII (pp. 89-100), Tibulo, I 6 (pp. 100-105), Propercio, III 6 (pp. 105-113), y Ovidio, *Amores* I 6 (pp. 113-120). El a. exhibe una fina sensibilidad literaria, pero el problema de su análisis radica en que encorseta los textos en un esquema preestablecido: así, en Catulo LXVIII habría un héroe (el poeta), un objeto de su acción (el amor de Lesbia), un adyuvante (Alio) y un oponente (el marido de Lesbia). Vladimir Propp, en su seminal estudio sobre el cuento de hadas ruso, aplicó un análisis de esta guisa a unos cuentos de estructura fija y estereotipada, pero extender la teoría a otros textos, *ue-lint nolint*, es inadecuado. Tales análisis apenas contribuyen a la comprensión del texto y sólo hablan de la habilidad del crítico.

«L'odiosamato» es la contribución de Paolo Fedeli (pp. 121-155). Este estudio reconstruye las fases que atraviesa el amante elegiaco cuando tiene un rival con el que le engaña su amada: sospechas (pp. 122-26), reconstrucción de los hechos (126-28), reacción ante la infidelidad (128-33), sumisión (133-35) y alusión al rival (135-46). Fedeli dedica un capítulo final al tema de la mujer engañada, ejemplificándolo en la Cintia de Propercio, IV 7 (pp. 146-52).

El libro se cierra con un estudio sobre la fase final en toda relación amorosa elegiaca, la ruptura o *renuntiatio amoris*: Antonella Tedeschi, «“Così non può continuare” ovvero la separazione» (pp. 157-208). La autora estudia un ramillete de poemas de dicho tema, incluyendo Catulo, VIII; XI; LXIV 132-201; Tibulo, I 9 (donde, sin embargo, la a. no ha manejado el estudio de A. Ramírez de Verger en *Veleia* 4, 1987, pp. 335-46); Propercio, III 25, y Ovidio, *Amores* III 11.

En definitiva, este libro es una importante contribución al estudio de los *topica* de la elegía erótica latina. Los estudios que lo componen vendrían a confirmar algo ya sabido: que la elegía latina, aunque no ha nacido de la nada ni puede sustraerse a influencias de la literatura griega y de otros géneros latinos (como mostró A. A. Day), constituye sin embargo un universo autónomo estereotipado, con léxico, motivos y tópicos propios.

GABRIEL LAGUNA MARISCAL

DIMUNDO, ROSALBA. — *Propertio 4, 7. Dalla variante di un modello letterario alla costante di una unità tematica*. Scrinia, Collana di studi classici. Bari, Edipuglia, 1990, 212 pp.

El volumen que comentamos inaugura la colección «Scrinia» dirigida por los profesores P. Fedeli y G. Cipriani (Università di Bari).

Se trata de «una dissertazione di dottorato» que constituye una lectura «moderna» de uno de los poemas que forma parte de los más selectos florilegios de poesía latina: Propertio IV 7.

El trabajo echa mano de una simbiosis exegética sugerida a partir de los estudios sobre mitología clásica de la llamada «Escuela de Cambridge» —i.e., Harrison, Cook, Murray, Cornford— y que consiste en aunar los logros de la Filología Clásica con los de la ciencia antropológica en aras de entender e iluminar textos de la Antigüedad clásica (lo que se aprecia especialmente en la II parte: «Commento»). En ese propósito la autora incorpora también —con acierto y «discreción»— los hallazgos tanto de la semiología, como los resultados y métodos de diversos análisis formales procedentes del estructuralismo.

El volumen consta de una introducción —pp. 7-95— y de un prolijo «Commento» —pp. 97-207.

En la primera parte R. Dimundo propone un comentario tradicional sobre el *carmen* propertiano distinguiendo en él los aspectos en que el poeta se filia en una tradición retórica y en los que innova. En esa dimensión distingue en la composición un «modello letterario variable» en el que apuntan ya las homéricas figuras de Aquiles y Patroclo, ya las helenísticas de Protesilao y Laodamia, frente a las que la unidad del *carmen* se funda en el vínculo amoroso entre *Cynthia* y el poeta que pervive aún más allá de la prematura muerte de la muchacha.

En los diez ítems en que se articula esta primera sección, luego de analizar el tan mentado *topos* de «la fine dell'amore nella chiusa del terzo libro» propertiano —que R. Dimundo rebate con argumentos sólidos—, sitúa la figura de Cintia —y su valor operativo en los ámbitos amoroso y poético— en el libro IV. En ese aspecto la figura de *Cynthia* —estudiada en el límite supuesto entre «realtà e finzione»— da pie a la estudiosa para replantear la aparición de la imagen que de la *puella* muestra en el marco de ¿un sueño o una visión?

Apoyándose en J. H. Hanson —«Dreams and Visions in the Graeco-Roman World and Early Christianity», publicado en *ANRW*, II 23, 2—, arguye que la aparición no es un sueño (no se habla ni de un dormirse, ni de un despertar del poeta), sino de una visión, producto de la atormentada fantasía de Propertio.

Analiza luego los motivos elegíacos implícitos en el *carmen* —vgr. vínculo amor/muerte, triunfo de la muerte, oposición entre fidelidad y perfidia, el *foedus amoris*, las *laudes* en favor de la mujer amada—, así como el hecho sugestivo de colocar el nombre de Cintia sólo en el exordio del *carmen* (v. 85) al que, para hacerlo aún más evanescente, el poeta lo sitúa en el epitafio.

En esta sección distingue en qué aspectos Propertio asume la tradición y en cuáles innova o la trasciende. Deduce, de ese modo, los valores poéticos y simbólicos de la figura de Cintia, en abierta oposición al parecer de P. Veyne, para quien el motivo poético de la *puella*, en ese *corpus*, «consiste soltanto in un successo di lettura, e il libro quarto di Propertio comporta il ritorno all'idea di un tale successo, ma in termini divertiti» (p. 54).

Aborda luego la muerte de la muchacha desde el ángulo del poema —Cintia había muerto envenenada—, enfrentándola a otras muertes no naturales y extrayendo de ese enfrentamiento la función y el sentido del trágico sino de la muchacha.

Estudia a continuación la ubicación de IV 7 dentro de la *Gestalt* del último libro propertiano, destacando que la colocación de esta elegía en ese libro «assume un significato che va al di là di un semplice criterio di successione o di alternanza di

carmi» (p. 80) para, luego de haber inscrito la lectura del poema en una visión de conjunto, contrastarla, por similitud de motivos poéticos, con II 13b y IV 11.

En el «Commento» —abundante en notas y sugerencias— si bien alienta la huella de la exégesis ya clásica formulada por Camps —ineludible en toda prolija lectura properciana—, la autora la enriquece a la luz de aportaciones procedentes de otras áreas del conocimiento —Semiología, Antropología, etc.—, tal como hemos puntualizado.

Enriquecen el volumen un índice de nombres y abundante bibliografía.

HUGO F. BAUZÁ

Contributi alla Cultura Greca nell'Italia Meridionale, I, a cura di A. GARZYA. Nápoles, Bibliopolis, 1989, 290 pp.

No resulta difícil identificar la nota dominante en estos *Contributi*: se trata de una profunda *carità di patria*, un amor intenso por la tierra de la Magna Grecia, tan radicalmente helenizada y a lo largo de tantos siglos. Ello no es óbice para reconocer que la tarea científica no presenta quiebras, que el aparato erudito resulta sólido y la bibliografía, muy rica, sin llegar a ser asfixiante. Dicho esto, conviene añadir que, a mi parecer, el mejor modo de enfrentarse a las «Note di storia letteraria e linguistica dell'Italia meridionale dalle origini al VI sec. d. C.» (pp. 8-132 del volumen) que nos ofrece Antonio Garzya consiste en una lectura reposada y, a la par, inquisitiva, capaz de dilucidar las páginas simplemente correctas de otras más particularmente sugestivas. Asumiendo, pues, el riesgo de caer en el subjetivismo, señalaré como más gratificantes los pasajes consagrados a Estesícoro e Íbico (pp. 25-33), a Glauco de Reggio (pp. 44-46) y a algunos epigramatistas, como Nósido («da Nòside giunge a noi un rivolo tenue ma originale di poesia: alessandrino nel suo impasto semplice e lineare ma non incolto, italiota per gli affetti e le memorie», p. 53) y Leónidas de Tarento («ecco dunque la chiave dell'aristocratico elaborare del "umile" Leonida [...] e in più quella certa esuberanza che inconfondibilmente connota l'espressione artistica, e figurata e letteraria, di Magna Grecia. La sua personalità va depurata dai fraintendimenti che la degradarono, misconoscendone la tempra virile e autentica e la virile malinconia, a quella di un "intellettuale" che s'interessa agli umili con decadente compiacimento», pp. 60-61). Resultan también muy dignos de mención el tratamiento de Rintón y los *φλύακες* (pp. 66-71), de las habitualmente denominadas *Lamellae aureae orphicae* (pp. 72-76) y la excelente *mise au point* acerca de la influencia del mimo sobre las formas tradicionales del teatro latino, sobre la *atellana* en particular (pp. 82-86). Entre los autores de época imperial, Casiodoro goza de un tratamiento brillante. La discusión lingüística, en cambio («Le lingue del Mezzogiorno d'Italia») se me antoja extraordinariamente apresurada: un breve apéndice de dieciséis páginas para aludir a asuntos tan complejos como la fragmentación dialectal del proto-latín, problemas de lenguas en contacto, el proceso de latinización, los dialectos de las colonias griegas, cuestiones de bilingüismo y diglosia, la pervivencia del griego en Calabria, los grecismos en latín, etcétera.

La segunda parte (pp. 133-257), obra de A. M. Ieraci Bio, discute un aspecto significativo de la transmisión de la cultura griega: se trata de un catálogo de los autores y los tratados médicos que circularon por la Italia meridional entre los siglos X y XV. El número de códices alcanza los cuarenta y ocho; el predominio de la tradición galénica sobre la hipocrática es abrumador. Quizá la aportación más trascen-

dente de estos manuscritos ítalo-griegos radica, según la autora, en el hecho de que parecen reflejar una selección «mediterránea», diversa del *canon* constantinopolitano. En el tercer y último capítulo (pp. 259-283) G. Matino examina la doble redacción de la *Vita* de San Juan *Therista*, objeto de una veneración local intensa. Tras esbozar sumariamente el papel decisivo que tuvieron los monasterios en la consolidación de las posiciones normandas en el sur de Italia, la autora subraya el carácter de texto «instrumental», con finalidades propagandísticas, que presentan las dos redacciones. La primera, dirigida a un público popular, se propone simplemente narrar determinados episodios edificantes; en cambio, la segunda aspira a justificar la legitimidad de la posesión, por parte del monasterio, de las tierras vecinas. Las peculiaridades lingüísticas de ambas redacciones son examinadas a la luz de sus distintos objetivos.

La unidad del volumen resulta mayor de lo que, a partir de este apresurado resumen, pudiera colegirse: ello se debe, en parte, a una evidente coherencia metodológica; pero lo que de veras atrae nuestra atención es el interesante ejercicio de historia cultural consagrado a una tierra entrañable y que abarca un período de tiempo tan dilatado.

JAUME PÒRTULAS

TEODORSSON, SVEN-TAGE. — *A Commentary on Plutarch's Table Talks*. Vol. I (Books 1-3), Acta Universitatis Gothoburgensis, 1989, 393 pp.; vol. II (Books 4-6), Acta Universitatis Gothoburgensis, 1990, 302 pp.

Tres son los objetivos que Teodorsson se propone en la Introducción de sus amplios y detallados comentarios a las *Charlas de Sobremesa* de Plutarco: primero, recoger todas las notas y explicaciones valiosas efectuadas por otros críticos y ampliarlas con las suyas propias, para lo cual se vale, según sus mismas palabras, de una bibliografía selectiva (ignora los trabajos de Kahle, Kiaulehn, Flacelière, Dörrie, Gallardo y los nuestros) y presta más atención a los paralelos de la obra en la literatura griega y romana de la época del de Queronea. Segundo, hacer más asequible el variado escrito de Plutarco e intentar situarlo en la literatura y tradición intelectual de su época. Y tercero, investigar la conexión entre las *Quaestiones Conuiuales* tanto con la literatura más antigua como la contemporánea y posterior a ellas.

De todas las metas señaladas hay que decir que la primera se halla plenamente conseguida, puesto que el autor no sólo recoge muchos de los comentarios anteriores a él, como los de Amyot, Xylander, Graf, Bolkestein, Abramowiczówna, Clement, Fuhrmann y algunos más, sino que, además, los enriquece con anotaciones que son fruto de su investigación personal y las referencias a otros pasajes paralelos del resto de la producción plutarquiiana, con lo que el conjunto adquiere la impresión de una gran solidez.

En el segundo objetivo los logros resultan incompletos, pues si bien es cierto que el exegeta nos hace más accesible la obra de Plutarco, sin embargo, en nuestra opinión, no la sitúa completamente en el contexto intelectual de su época. Teodorsson, partiendo de la opinión, bastante verosímil, sustentada por Abramowiczówna, de que era muy probable que los hombres cultos del siglo I d. C. mantuvieran en sus banquetes conversaciones similares a las que se encuentran en las *Cuestiones Conuiuales*, concluye con que el valor principal y más importante del libro es el de ofrecernos un documento de la historia de la civilización griega, al presentarnos una viva

pintura de las costumbres de sus contemporáneos y su actitud ante determinados aspectos de la vida, como la literatura, la ciencia y otros temas de tal índole.

Y aunque así sea, se ha olvidado de que la propia estructura de la obra y los criterios científicos y filosóficos empleados por el autor de las *Vidas paralelas* en su crítica de rétores, sofistas y filósofos empíricos, como los epicúreos, muestran que la función primordial de la obra, además de la señalada por Teodorsson, secundaria en opinión de Plutarco, es precisamente la de dejar constancia de que los presupuestos científicos y filosóficos de Platón aún tenían vigor en su época, que, por cierto, supone un renacimiento de las escuelas filosóficas griegas antiguas.

Y otro tanto cabe decir respecto al tercer punto. Es muy posible que la obra de Plutarco —mezcla de simposio en sentido estricto y de colecciones de problemas de la Antigüedad— se base en la lectura de autores, desconocidos en su inmensa mayoría, que han tratado de temas similares, pero para nosotros no cabe duda alguna de que el modelo fundamental de sus *Charlas*, conscientemente buscado, no es otro que el *Banquete* de su viejo maestro Platón.

A pesar de estos desacuerdos por nuestra parte, el trabajo de Teodorsson, por la erudición que encierran sus páginas como por la relación que establece entre el escrito de Plutarco y el resto de su producción, así como con los de otros autores antiguos, es una buena guía para la lectura de las *Quaestiones Coniuviales* de Plutarco, obra de difícil interpretación tanto en sus aspectos filosófico-científicos como en los referentes a la crítica textual.

FRANCISCO MARTÍN GARCÍA

LLOYD, A. C. - *The Anatomy of Neoplatonism*. Oxford, Clarendon Press, 1990, IX + 198 pp.

En este volumen encontramos reflejados no pocos de los centros de interés de investigación que A. C. Lloyd ha atendido a lo largo de su vida. Si ya en 1955-1956 nos había ofrecido un estudio sobre la lógica neoplatónica, en 1962 sobre género y especie y en 1981 sobre forma y universales en Aristóteles, aparte de su contribución a la *History of Later Ancient Philosophy* (1967) y a *Oxford Studies in Ancient Philosophy* (vol. V, 1987), entre otras publicaciones, no resulta en absoluto extraño el presente volumen, que es el resultado de una labor y publicaciones que abarcan un dilatado camino de investigación sobre filosofía antigua.

En la obra nos ofrece el estudio de la estructura subyacente a conceptos tan típicamente neoplatónicos como emanación o procesión, retorno al Uno, o el lugar del conocimiento místico en este proceso, y, quizá lo más novedoso, la arquitectura lógica neoplatónica, especialmente la porfiriana. En efecto, los capítulos dedicados a emanación y procesión (la emanación plotiniana según el autor sigue el modelo de la causalidad física aristotélica), retorno al Uno, los límites del conocimiento (el proceso de percepción, la sensación...), misticismo y metafísica son interesantes, pero más usuales en los estudios neoplatónicos.

Sin embargo, la lógica neoplatónica no es un aspecto usualmente tratado en los estudios sobre el neoplatonismo. La lógica griega postaristotélica no ocupó hasta hace poco tiempo el lugar que le correspondía en la mente de los investigadores. Y no obstante no son pocos los autores del período postaristotélico que podrían mencionarse como distinguidos en la historia de la lógica, aparte de los estoicos, entre otros. Ahí tenemos al propio Galeno, a Porfirio —cuya *Isagoge* tan gran influjo ha

ejercido— o a Alejandro de Afrodiasias. La mayor parte de sus contribuciones fueron examinadas por Boecio. Por ello no resulta extraño que para esta época sean esenciales los *Commentaria in Aristotelem Graeca*, ya que los comentarios llegados a obras del *Organon* aristotélico por parte de autores como Alejandro de Afrodiasias, Porfirio, Ammonio, Simplicio o Juan Filópono contienen la información esencial. Si a ello sumamos la obra de Boecio y comentarios como los de Proclo al *Crátilo*, entre otros, tendremos fundamentalmente las fuentes para reconstruir esta lógica neoplatónica, tal y como lo hace A. C. Lloyd. El autor nos ofrece un recorrido por los comentarios y escolios lógicos, señalando los rasgos comunes a ellos, el lugar de la lógica en el *curriculum* neoplatónico, su concepción de ella, su originalidad, etc., pasando a continuación al análisis concreto de Porfirio en los aspectos de imposición de nombres, *genus* y *species*, predicación, nominalismo neoplatónico, etc. Porfirio realiza la pacificación entre platonismo y aristotelismo. La filosofía aristotélica, especialmente la lógica, es una «introducción» para el estudio del platonismo, superando la tradicional oposición entre los procedimientos lógicos del Peripato y la dialéctica platónica. Quizás en esta parte hubiéramos esperado, ya que toca el tema, mayor profundización en aspectos como la teoría del lenguaje neoplatónica, la actitud de éstos ante la doctrina del origen divino del lenguaje, en autores como el propio Porfirio o Proclo.

La obra fundamentalmente quiere llenar, desde nuestro punto de vista, parcialmente un vacío entre dos etapas del desarrollo de la lógica en su historia sinusoidal, según Bochenski, entre el período de desarrollo aristotélico-estoico y los siglos XII-XV.

E. A. RAMOS JURADO

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

SPIVEY, N., y S. STODDART. --- *Etruscan Italy*. Londres, B. T. Batsford Ltd., 1990, 168 pp. + 100 figuras.

Etruscan Italy no es, según sus autores, «un manual sobre los etruscos, sino una guía, en ocasiones polémica, sobre algunos de los temas actuales de investigación» (p. 19). En términos generales, la definición responde a lo que uno se encuentra conforme se adentra en su lectura. Pero no da cuenta de lo esencial, la perspectiva adoptada, que es la de la arqueología. Para ser más exactos: la arqueología «militante».

La historia de Etruria, según los autores, difícilmente puede construirse a partir del relato que nos ha llegado de los autores antiguos, griegos y romanos: «There is no Etruscan-written history of Etruscan Italy, nor is there any properly impartial history of Etruscan Italy» (p. 13; más adelante, en p. 127, se dice textualmente acerca de los datos para el estudio de la actividad bélica entre los etruscos: «literary evidence is untrustworthy»). Es más, la ausencia de una tradición de textos etruscos ha ocasionado su abandono y relegamiento dentro de los estudios clásicos: «no texts, no study» (p. 13). Partiendo de esta visión, los autores han elaborado una obra basada total y exclusivamente en los resultados tangibles de la arqueología, aunque siendo conscientes de que una perspectiva tan unilateral como ésta puede resultar tan perjudicial como aquella otra contra la que reaccionan: «archaeology, setting out to demythologize, may create new myths of its own» (p. 17).

Esta predilección exclusiva por la arqueología lleva aparejadas otras decisiones lógicas. La historia que aquí se nos presenta no es la que se encuentra en los manuales al uso, una historia episódica o factual, sino, como los mismos autores señalan, una historia de los modos de vida en Etruria entre el 1200 y el 400 a.C.: «alimentación, procreación, vivienda, enterramiento» (vid. p. 17) y, sobre todo, la cultura en sentido amplio, campo éste en el que la arqueología tiene, según ellos, mucho que decir (p. 93). Se trata, en definitiva, de cuestiones sobre las cuales pueden informar con garantías los materiales que estudia la arqueología. Y no sólo se ve afectado el concepto general de historia. También el método, la forma de abordar su estudio, necesita ser redefinido. Así, a la hora de considerar la actividad económica (producción, comercio), se atiende fundamentalmente a la distribución geográfica de los hallazgos arqueológicos (de objetos cerámicos, fundamentalmente); y cuando se habla de la religión, en modo alguno se tienen en cuenta aspectos tan importantes como el culto o las creencias personales, sino las evidencias que deparan los cementerios, los santuarios excavados y lo que se puede inferir de la planificación urbanística de las ciudades, fundadas, en principio, según los ritos descritos por los mismos historiadores griegos y romanos cuyo testimonio se ha rechazado en la declaración inicial de intenciones; en fin, la actividad militar se estudia a partir de los restos de fortificaciones y, sobre todo, de los depósitos de armas hallados en tumbas.

Hay, sin embargo, muchos ámbitos en los que la arqueología, aun en este nivel de conocimiento que asume como propio, resulta insuficiente: un aspecto importante de la vida militar etrusca, como son las danzas y celebraciones rituales, sólo se puede estudiar a través de la iconografía, por más que los autores insistan en que ésta «debe ser manejada con precaución» (p. 127). La misma iconografía y, con ella, la tradición literaria son las únicas que pueden informarnos acerca de un supuesto interés etrusco por el dominio militar del mar, así como sobre el funcionamiento de los diversos sistemas de alianzas entre ciudades; en la parcela del ritual, son los propios autores los primeros en reconocer las carencias de la arqueología (p. 110), y otro tanto cabe decir en lo tocante a la cuestión de los sistemas de producción entre los siglos VII y VI a.C.: «subsistence studies of the seventh and sixth centuries are depressingly dependent on indirect evidence and the testimonies of later classical authors» (p. 66).

La obra se encuentra estructurada por temas: en primer lugar, se aborda la cuestión del entorno físico y los antecedentes prehistóricos, la necesaria contextualización en el tiempo y el espacio (Cap. I); a continuación, la utilización del territorio, la distribución y diversas formas de los asentamientos (Cap. II); los capítulos III y IV se dedican a la vertiente económica, centrado el primero de ellos en la cuestión de la producción y la subsistencia, y el segundo en la actividad comercial; el capítulo V aborda la cultura en tres aspectos principales, la lengua (considerada muy superficialmente), la difusión del mito griego y la escritura, entendido todo ello como fruto de un complejo y largo proceso de intercambio cultural entre etruscos y, fundamentalmente, gentes griegas; el capítulo VI se ocupa de una parte de la vida religiosa, que los autores denominan — quizá con demasiada alegría, a tenor de lo que luego ofrecen — «Ritual»; el capítulo VII pasa revista a la actividad militar; el último, el VIII, se ocupa de la organización social, estudiada a través de los enterramientos y la iconografía del poder en todas sus manifestaciones (escritura, onomástica, pintura, etc.). El libro se completa con algunos apéndices especialmente útiles: una guía de emplazamientos arqueológicos («A traveller's gazetteer»), un breve glosario de términos, también arqueológicos, una bibliografía comentada capítulo a ca-

pítulo y, por último, un índice analítico y onomástico, compilado por A.-L. Lawrence. Como es de esperar en una obra que profesa fe absoluta y exclusiva en la arqueología, abundan en ella las ilustraciones: fotografías, mapas, gráficos, cuadros estadísticos, dibujos (excelentes, debidos a S. Ashley)... hasta un total de 100 figuras.

El libro, como queda dicho, no escapa a la polémica. El mismo rechazo de las evidencias y datos de la tradición literaria como poco dignos de crédito es indicio revelador. Pero no sólo los textos se ven expuestos al varapalo. También la arqueología clásica es puesta en tela de juicio y sus conclusiones, a menudo, reciben duras críticas. Se rechaza, así, la imagen tradicional (heredada de la propia Roma) de los etruscos como un pueblo entregado por completo a la comida y la fiesta, ajeno totalmente a los problemas y vicisitudes de la producción de bienes (p. 62). En la misma línea, se niega la idea de Etruria como territorio «colonizado» por mercaderes, griegos fundamentalmente, que obtienen allí materias primas (metales, sobre todo) a cambio de productos manufacturados (p. 80). En el plano de la cultura, se ataca la teoría que presenta a los etruscos como gentes carentes de una cultura propia y vigorosa, «a rich but artistically immature and impoverished people», dependiente en todo de lo que les llega de Grecia, tanto en el plano de las formas y gustos artísticos (p. 93), como en el del mito y la leyenda (pp. 98-106).

Etruscan Italy se acerca a la historia del pueblo etrusco desde una perspectiva no nueva, pero sí, en el caso que nos ocupa, novedosa por lo radical de su posición. Obviamente, presenta alguna deficiencia, como cualquier visión extremista que se niegue a considerar la totalidad del objeto que pretende estudiar, pero, a la vez, ofrece una enorme cantidad de datos e interpretaciones válidamente argumentadas. Gracias a esfuerzos como éste, los etruscos van saliendo progresivamente de esa especie de noche impenetrable y misteriosa en que los sumergió la erudición de siglos pasados.

JOSÉ JOAQUÍN CAEROLS PÉREZ

LAZRUS, PAULA KAY. — *Discovering the Etruscans*. Roma, L'«Erma» di Bretschneider, 1990, 57 pp. + 15 figuras.

«Este libro es el resultado de un encuentro completamente casual con Ira Levin y sus estudiantes de la American Overseas School in Rome, en 1982. En diversas ocasiones, a lo largo de los dos años siguientes, nos reunimos para aprender sobre la arqueología y los etruscos. Nuestras aventuras y discusiones inspiraron este proyecto. El libro está pensado para ofrecer a los jóvenes estudiantes una sencilla introducción a la civilización etrusca y, también, a la arqueología. Espero que esta obra sea algo más que una simple historia de una civilización ya pasada, que estimule la curiosidad y la discusión en relación con esta cultura y con la ciencia arqueológica». Con estas palabras de la Introducción (p. 7), abre la autora, Paula Kay Lazrus, su obra, una pequeña gema portadora de aire fresco, imaginación y saber hacer al conculso mundo de los Estudios Clásicos, hoy más que nunca amenazados de extinción (no por consunción interna, sino por ciega cerrazón del legislador).

El librito (57 páginas) constituye, en efecto, una irresistible tentación a sumergirse en el mundo y la civilización etrusca de la mano de un arqueólogo que habla en términos de arqueología a sus lectores. Estamos acostumbrados a que los manuales de historia, los libros de texto e, incluso, la literatura de ficción, arranquen (y acaben) siempre en las fuentes escritas para construir su discurso. La arqueología, por

ahora, no ha contado con demasiadas oportunidades, ni valedores, para reclamar un papel propio, una valoración ajustada de sus posibilidades en el campo de la transmisión del saber (fundamentalmente docente) sobre la Antigüedad Clásica. Las cosas, afortunadamente, van cambiando. Esta obra es un ejemplo palmario de hasta qué punto el conocimiento de la arqueología puede resultar útil, a la vez que fascinante, para nuestros alumnos de Bachillerato. Su aparición, además, parece particularmente oportuna cuando el debate sobre el futuro de las Lenguas Clásicas es especialmente intenso (no diré virulento) y, al tiempo, no se logra un consenso total en relación con los contenidos y enseñantes de una nueva asignatura a la que se ha denominado con el esquivo y peligroso nombre de Cultura Clásica.

La obra consta de siete capítulos que ofrecen una panorámica directa, sucinta, sin concesiones al detalle, de la cultura etrusca, sus orígenes, el entorno y las condiciones materiales en que se desarrolló... Especial atención reciben las cuestiones relativas a la vida religiosa de los etruscos, sobre todo las costumbres funerarias. Se echan a faltar, en cambio, algunas nociones referidas a su organización política, militar y social, así como en lo tocante a las relaciones con los pueblos vecinos. Pero, al fin y al cabo, el discurso se articula desde el punto de vista de un arqueólogo que selecciona aquellos aspectos de la vida del pueblo etrusco que más interesantes le pueden resultar. Y al hacerlo se atiene a lo que promete el título: descubrir los etruscos a un público especial, gente curiosa y despierta, a la que, por desgracia, casi nunca se le ha hablado de la existencia de pueblos como éste, ni tampoco de los medios y caminos que los hombres de hoy día utilizan para conocerlos. Se trata, en efecto, de un auténtico trampolín, una invitación a no quedarse en el umbral, a penetrar y conocer mejor un pueblo al que Roma debe muchísimo más de lo que los manuales escolares nos han hecho creer.

JOSÉ JOAQUÍN CAEROLS PÉREZ

HYLAND, A. — *Equus. The Horse in the Roman World*. Londres, B. T. Batsford, 1990, VIII + 285 pp. + 31 láminas.

Ann Hyland se dedica profesionalmente a la crianza y doma de caballos, a la práctica del deporte ecuestre en la modalidad de resistencia y, ocasionalmente, a dictar conferencias sobre su especialidad, varias de las cuales parece haber reunido para componer la mayor y mejor parte de este interesantísimo y ameno volumen. El estilo, oral y deliciosamente poco académico, hace fácil y agradable la lectura de este libro imprescindible, en el que los profanos podemos encontrar expuestas con sencillez y claridad informaciones y observaciones que iluminan con luz más intensa muchos de los textos antiguos que hablan del cuidado, adiestramiento y empleo de los caballos.

Supliendo con un profundo conocimiento empírico de la materia la falta de bibliografía al respecto, se repasan brevemente en estas páginas las noticias de los naturalistas y agrónomos de la Antigüedad, que salen realmente muy bien paradas del examen. Con buena documentación y con la experiencia de haber reconstruido y ensayado arneses y guarniciones conocidos por hallazgos arqueológicos, se describen sagazmente las técnicas romanas de la equitación militar y deportiva. Con envidiable conocimiento de causa, se analiza lúcidamente lo relativo a la manutención de los équidos, al comercio del ganado caballar y al servicio de remonta del ejército.

Un disculpable exceso de celo parece ser haber llevado a Ann Hyland a escribir algo acerca de la organización y de las tácticas de la caballería romana, adentrándose en un terreno que no le es familiar y en una materia en la que nada nuevo puede aportar. La prudencia y buen juicio de que hace gala en todo el libro se manifiestan incluso en estas páginas menos afortunadas, que se salen de los límites de la decencia científica solamente en el apartado «Combat tactics» del capítulo duodécimo (pp. 165-167). Pero ciertamente dos o tres páginas infames no pueden infamar doscientas cincuenta dignas de alabanza y sólo de alabanza.

Si los muchos datos y las inteligentes observaciones que contiene el libro se hubieran tabulado o pudieran localizarse con alguna facilidad, poco podría reprocharse a un trabajo francamente original, bien documentado y sumamente instructivo. Pero su autora ha omitido confeccionar unos buenos índices de materias, y eso es un demérito difícilmente perdonable. Haber cambiado el género gramatical de *pratum*, cuyo plural aparece como *pratae* dos veces en la misma página (la 91), es escandaloso, pero no más que decir «las *Fontes*» para referirse a la obra de Schulten. Y eso lo dicen muchos que no son caballistas de profesión.

L. C. PÉREZ CASTRO

GRATTAROLA, PIO.— *I cesariani dalle idi di marzo alla costituzione del secondo triumvirato*. Turín, Editrice Tirrenia Stampatori, 1990, 265 pp.

La presente obra resulta de interés, por cuanto en ella se lleva a cabo un análisis detallado y preciso de la política desarrollada por los partidarios de César durante el crucial bienio del 44-43 a.C.

El volumen está estructurado en cuatro apartados, centrándose los dos primeros en las figuras clave del período: M. Antonio y Octaviano. Por su parte, el tercer capítulo aborda la pugna entre las distintas facciones políticas hasta Módena, para dedicarse el último apartado al restablecimiento de la unidad del partido cesariano y la constitución del segundo triunvirato.

Aun cuando los cesarianos constituyen los verdaderos protagonistas del período que se abre con los idus de marzo del 44, naturalmente su historia se define no solamente en las relaciones recíprocas entre uno y otro exponente del partido, sino también en la línea seguida cada vez por cada uno de ellos frente a la facción que representaba la única posible alternativa política, es decir, la republicana. Así pues, la historia de los cesarianos en el 44-43 no puede renunciar a ser también la historia política de Roma de dicho período. No obstante, el objetivo principal del volumen consistirá en la profundización de la política de los principales exponentes del partido cesariano, cuya obra se ha visto en ocasiones mediatizada por los prejuicios de la propaganda ciceroniana y republicana.

Frente a la interpretación de R. Syme, para Grattarola, M. Antonio apuntaría hacia la autocracia ya desde los inicios, no compartiéndose igualmente la tesis de E. Wistrand, que atribuía a Cicerón la responsabilidad de haber inducido a éste con su hostilidad a considerar la autocracia como una forma extrema de defensa. Pero si M. Antonio es analizado como el mayor protagonista del bienio 44-43, la figura más extraordinaria, y aquel «cui fisionomia è più sicura e acquisita» es Octaviano. Por su parte Lépido, aunque inferior a sus rivales, es considerado un diplomático hábil y muy útil al partido, siendo valorada su figura frente a la mayoría de las críti-

cas, que para el autor de la obra no parecen casi nunca fundadas sobre un análisis profundo de su política, representando solamente una cansada repetición del viejo juicio de Drumann. Entre los demás cesarianos sobre todo es objeto de atención Asinio Polión, quien desarrollaría un papel importante para el partido, e igualmente P. Cornelio Dolabela, que es considerado digno de la mayor estima por su capacidad y espíritu de iniciativa.

En cuanto a la pugna política durante el período objeto de estudio, su análisis permite demostrar la presencia en el curso del 44 y primeros meses del 43, de tres facciones principales en el Senado, la cesariana antoniana, la cesariana antiantoniana y la republicana, estando esta última dividida a su vez entre una corriente filooctaviana, la de Cicerón, y una más cauta con respecto al heredero de César. Por su parte y frente a los que consideran el Senado de mayoría cesariana o de mayoría republicana o incluso antoniana (vgr. Kienast, Polverini, Levi), se pone de manifiesto cómo el Senado de mayoría cesariana, después de los idus de marzo, estuvo sujeto en el curso del 43 a fluctuaciones cada vez más fuertes de su facción cesariana anti-antoniana frente a la republicana, hasta el desplazamiento político más o menos completo de la primera sobre las posiciones de la segunda. No obstante y como bien se apunta, el gran acontecimiento histórico que dominaría el bienio 44-43, «la caída del regime senatorio», tendría lugar por la capacidad política y la unidad de los cesarianos, a las que no correspondería igual claridad de visión e igual unidad y cohesión en el campo republicano.

En suma, el trabajo de Grattarola no solamente viene a suponer una revalorización de la política de los principales protagonistas de la etapa objeto de estudio, así como una mayor redefinición del papel interpretado por otras figuras menores frecuentemente infravaloradas, sino también la revisión y puesta a punto de toda una serie de problemas fundamentales de la historia política del bienio 44-43 a.C., que tan decisivo resultaría en la trayectoria de la República.

G. CARRASCO SERRANO

CARSANA, CHIARA. - *La teoria della «costituzione mista» nell'età imperiale romana*. Biblioteca di Athenaeum, 13. Como, New Press, 1990, 124 pp.

La teoría de la «constitución mixta» fue en la Antigüedad — también después, al menos hasta el siglo XVIII (p. 96 s.) — uno de esos temas cuya capacidad argumental hizo posible que pudiera pervivir de edad en edad. En ella se hablaba de conjunción de intereses expresada en la mezcla de las fórmulas políticas puras y de convivencia armónica. Se creó en la Atenas del s. IV a.C., pero su desarrollo pleno es de época helenística. La versión más completa se ha conservado en Polibio, que en el libro VI de su *Historia* ajustó este modelo político griego, utilizándolo como un instrumento de análisis histórico (p. 21), al orden institucional romano (K. von Fritz). La transferencia tuvo éxito y Cicerón la retoma en su *De re publica* con la intención de incorporar la teoría de la «constitución mixta», definida como una cuarta forma de gobierno caracterizada por su *aequabilitas*, a la formulación de un programa de gobierno de talante aristocrático-oligárquico (pp. 21-25. Cf. V. Pöschl, *Römischer Staat und Griechisches Staatsdenken bei Cicero. Untersuchungen zu Cicero Schrift «De re publica»*, Darmstadt 1974 — Berlín 1936 —, pp. 10-23). En época imperial, aunque con un valor secundario con respecto a otros temas políticos específicamente vinculados con el modelo del buen príncipe, aparece de nuevo la «constitución mixta» en

especial en autores griegos (Dionisio de Halicarnaso, Plutarco, Dión de Prusa, Elio Aristides y Casio Dión), a los que se suma Tácito, que la utilizan con un valor propagandístico con respecto a Roma y complementaria o alternativamente con una intención moderadamente reivindicativa en favor de una mayor participación de la aristocracia en el gobierno junto al emperador. Tratar la funcionalidad y significado de la teoría de la «constitución mixta» en estos autores de época imperial es el objetivo del libro de Chiara Carsana. Y es un tema importante porque se pone en evidencia la adaptación que sufre la teoría en virtud de las nuevas circunstancias en las que se vuelve a formular. No podía ser de otra manera, puesto que los propios elementos constitutivos de la «constitución mixta» (monarquía, aristocracia y democracia) habían sufrido en época imperial una profunda alteración significativa, como también lo habían sufrido el poder de los referentes sociales y las posibles conexiones institucionales que habían permitido la formulación de Polibio aplicada a Roma. Por ejemplo, la autora trae oportunamente a colación el significado aristocrático que se le atribuye a la palabra «democracia» por Elio Aristides (p. 80 s.) o Casio Dión (p. 87) (cf. Ch. Starr, «The Perfect Democracy of the Roman Empire», *AHR* 58, 1952, pp. 1-16. Véase el apéndice «Filone di Alessandria: la 'vera democrazia' del popolo ebraico», pp. 103-111). Al mismo tiempo la peculiaridad de los distintos autores que recurren a la «constitución mixta» desde comienzos del imperio hasta principios del s. III d.C., así como los distintos momentos y obras en las que se inserta la teoría, permiten seguir la evolución del pensamiento político de destacados representantes de la aristocracia —en especial de la griega— de época imperial al hilo de este tema. De esta manera se aportan, según entiendo, nuevos elementos que por un conducto distinto contribuyen a completar el análisis que desde hace décadas está realizando el Prof. Gabba, inspirador de este trabajo, sobre los aspectos ideológicos de los autores griegos de época altoimperial, en especial los historiadores (Dionisio de Halicarnaso, Apiano, Casio Dión); cf. los títulos de este autor mencionados en la bibliografía de Ch. Carsana, p. 114 s.

FERNANDO GASCÓ